

Un Eden de fantásticos placeres:
 Entran allí donceles y mujeres,
 En busca de la holganza y vanidad.

Es un templo de amor en donde todos
 Al idolo de allí quemán incienso;
 Antro de recreaciones, campo extenso
 Que tiene por divisa, "¡Libertad!"

Las jóvenes mas bellas y gallardas
 No pueden competir con la mas bella,
 Que es Magdalena, luminosa estrella
 Que empalidece cuanto en torno ve.

Paloma y perla llámanla los bardos
 Al son del arpa y de la lira de oro;
 Huri ó Sultana la llamara el moro,
 Si la viera á la las rejas de un harem

Porque el poder de su hermosura rara
 Cuanto hay en torno de su ser abarca:
 Hay magnetismo en su pupila zarca
 Y atraccion en sus labios de coral.

Virgen su cuerpo conservaba y puro,
 Que, aunque era al parecer mujer mundana,
 Y su inocencia lastimó liviana,
 Ningun profano la llegó á manchar.

Tal era Magdalena, aquella dama,
 Mas que el ensueño del amor hermosa,
 Que entre lánguida, triste y perezosa,
 Descansaba en el lecho de marfil.

Lecho que á poco abandonó ligera
 Para tomar el perfumado baño:

Uso á sus leyes y costumbre extraño,
 Que en su lujo oriental quiso seguir.

III.

Lázaro y Marta con la fé del alma
 A todas partes á Jesus seguian,
 Y por su pobre hermana le pedian:
 Jesus al fin su peticion oyó;

Encendió en Magdalena gran deseo
 De conocerle; y al afan de su alma
 Siguió el hastío, la perdida calma.
 Y aquel deseo en realizar pensó.

Miraba una mañana lentamente
 Tocar el sol á la mitad del dia,
 Y miraba tambien como moria
 Abrasada la yedra á su calor;

Languidecer miraba la violeta
 Bajo el effluvio de su ardiente rayo,
 E inclinar la corola con desmayo
 Al tierno, enamorado girasol.

"¡Ay! dijo entristecida y suspirando:
 Cómo abrasa ese sol todas las flores
 Y marchita sus mágicos colores,
 Y absorbe su perfume virginal;

Como aguzada y punzadora espina
 Me consume la flama de un deseo:
 ¡Ah! siempre ha sido para mí un trofeo
 Mis mas leves caprichos realizar!

Y no disfrutaré tranquilo sueño

Mientras no pueda conocer á ese Hombre,
Cuyos hechos grandiosos, cuyo nombre
De boca en boca, con asombro va."

Jasel se acerca á su ama de puntillas,
Y una mano poniéndole en el hombro,
Le dice, entre admirada y con asombro:
—El profeta Jesus en Nain está.

A cabo de saberlo por mi hermano,
Y como encargo expreso de voz tengo,
A noticiaros, complacida, vengo
Lo que hoy vuestro capricho llenará.

—Gracias, Jasel, me llenas de alegría:
A Nain de compañera irás conmigo;
Cruzarémos los campos de alto trigo,
Porque hoy el campo delicioso está.

.....

Era una tarde, entre los verdes copos
Brillaba el sol cercano al Occidente,
Y al pié de una colina floreciente,
Jesus se hallaba, á orillas de Nain.

En la llanura estático gentío
Asombrado escuchaba su Doctrina,
Y cantaba la alegre golondrina
De su Dios la presencia al presentir.

Medias ocultas por ramal oscuro
Dos mujeres se hallaban no muy léjos;
Del tibio sol los pálidos reflejos
Brillaban en la frente de las dos.

Magdalena y Jasel, pues ellas eran

A Jesus contemplaban de hito en hito,
Mientras con voz potente el Infinito
Condenaba la loca presuncion.

El orgullo y soberbia deprimia,
Y hablando á la razon con sabio juicio,
De la impureza combatiendo el vicio
Enalzaba el poder de la virtud.

Y Magdalena oyéndole sentia
Germinar en su pecho nueva idea:
¡Imágenes de amor su mente crea!
¡Amor mas puro que la blanca luz!

Allá en su corazon un sentimiento,
Nuevo hasta entónces, hasta allí sentido,
Hace salir de su alma, indefinido,
Tierno, vago un suspiro de dolor.

Y al volver su mirada á lo pasado
En púrpura se tiñen sus mejillas;
Se inclina, cual las blancas aceitillas,
Y por primera vez llora de amor.

El alma de la bella pecadora,
Antes erial de vanidad y orgullo,
Se abre á la fé, cual cándido capullo,
Y se siente á otra vida renacer.

Vuélvese á su castillo; ¿mas en dónde
Está de Magdalena el atavío?
Su grandeza oriental vé con desvío
Y en su rica mansion cesa el placer.

En vano sus doncellas le recuerdan

Las horas consagradas al recreo:
Cerrado el corazón al devaneo
Solo mira la imagen de Jesús.

Su recuerdo le sigue á todas partes,
¡Y sin cesar, y sin cesar le mira!
Y ya aislada, á su alcoba se retira
Gozando á solas de su fé la luz.

Resuelta se halla á abandonar el mundo,
A hacer por su pasado penitencia,
A dejar como armiño su conciencia
Huyendo de la torpe seducción.

¿Quién puede detener el pensamiento
Cuando éste se remonta á otras regiones,
O se pierde en ignotas abstracciones
O va á profundizar lo que inventó?

¿Quién puede suspender el raudó vuelo
Del águila que anida en las montañas,
El empuje violento de las cañas
Cuando el viento las viene á sacudir?

¿Quién cambiará del sol la órbita fija
Si tiene señalado su camino?

¿Quién puede del airado torbellino
La satánica furia reducir?

La bella Magdalena penitente,
Tiene la fuerza ideal del torbellino,
Y como el sol argentará el camino
Que se propone desde allí llevar,

Vuela su pensamiento enardecido
A otra elevada esfera de esperanza,

Y cual águila audaz, su vuelo alcanza
Horizontes sin término á tocar.

Reparté sus riquísimos vestidos
Entre su adicta y jóven servidumbre,
Para ir tras de Jesús hasta la cumbre
De aquel monte que en sangre se regó.

Tomando un vaso de oloroso unguento
Dice; saliendo del castillo amado:
"¡Desde hoy, tumba luctuosa del pasado
El castillo será de Magdalon!"

IV.

En casa de Simon, Jesús comia,
En almohadon de lana recostado;
La blanca china y el cristal cuajado
Se miraban allí con profusion.

En búcaros dorados descollaban
Rosas blancas, violetas, margaritas,
En el centro las viandas esquisitas,
Incitando á tomarlas con su olor,

Escribas, senadores, fariseos,
De la espléndida mesa en torno habia;
Mas el puesto de honor Jesús tenia,
Y obsequiado por todos era allí.

Cuando estaba comiendo, Magdalena
Entró á la sala con el pelo suelto,
Cubierto con un velo el talle esbelto,
Envidia de los juncos del Abril.

Paróse de Jesus hácia la espalda,
 Pues no osaba mirarle frente á frente;
 Y ¡de sus ojos se arrancó un torrente
 Que lavó de Jesus el blanco pié!

Y arrojándose al suelo de rodillas,
 Los pies de su Señor, blancos y bellos,
 Con la toalla enjugó de sus cabellos,
 Y su alma en besos á sus plantas fué.

Tomó despues el vaso de alabastro;
 Y sin que nadie su intencion estorbe,
 En las plantas que pisan sobre el orbe
 El unguento precioso derramó.

Y murmuraba quedo el fariseo
 Por lo que estaban en la mesa viendo;
 Pero Jesus sus juicios comprendiendo,
 Con amarga acritud le reprendió.

«Tú, le dice á Simon, no me diste agua
 «Para lavar los pies, y ella con llanto
 «Los lava, y de su pelo con el mantó,
 «Los enjuga solícita despues:

«Ni ungiste con el ólio mi cabeza,
 «Hoy que á tu mesa espléndida me siento;
 «Mas ella unge mis pies con rico unguento,
 «Y amorosa los besa sin doblez.»

Volviéndose despues á Magdalena,
 Que de rodillas á sus pies se hallaba
 Y el perdón de sus culpas esperaba,
 «Te perdono, le dice, vétete en paz.»

Conmovida la linda pecadora,
 Una vez y otra vez á Jesus mira:
 Del suntuoso banquete se retira,
 Y á su castillo perdonada va.

Lleva en su corazon un sentimiento,
 Cuya grandeza á definir no alcanza;
 ¡Lleva en su corazon una esperanza!
 ¡Lleva en su corazon una ilusion!

Pero no es la ilusion que se evapora
 Con un yermo dolor, un desengaño,
 Que voluble al huir nos hace daño,
 Y desgarrar la fé del corazon.

Es la ilusion que se remonta al cielo,
 Y solo en él su realidad comprende,
 Es la santa ilusion que se desprende
 De la mano purísima de Dios:

Y con ella su sed se regenera,
 Y con ella se ve mucho mas bella;
 ¡Ya no es del mundo la profana estrella!
 ¡Es de la cruz la redimida flor!!

CAPITULO XIII.

PETICION DE LAS MARIAS.

¡Hermosa como los celajes de una tarde de primavera, era Magdalena!

¡Ardiente y arrobadora, como los rayos del sol al desprenderse de su foco luminoso para caer desgajados sobre los copudos árboles, cual una inmensa catarata de orol!

¡Lánguida y dulce, como el rielar de la luna sobre la transparencia de los lagos!

¡Atractiva y seductora, como el beso del alba sobre los temblorosos pétalos de las rosas.

¡Festiva y risueña, como la golondrina tornando de nuevo á sus abandonados lares!

¡Graciosa y esbelta, como las palmas de Turquía, como los cedros del Líbano ó como los delgados juncos de la América!

Las hijas de Betania y de Jerusalem la miraban con envidia, porque á su pesar, se sentian eclipsadas por su belleza superior.

Cuando Jesucristo apareció sobre la tierra, llenándolo todo con la fama de sus hechos; haciendo de la Judea, la Galilea y la Samaria, el gran teatro de sus prodigios; Magdalena, no solo era considerada como la mujer mas hermosa, sino

tambien como la dama mas apuesta y espléndida de toda la Turquía.

Para Magdalena no habia mas soberano que su voluntad; ni mas árbitro de ella, que ella misma.

Las costumbres romanas, gustando mas á su alma soñadora y vana, habian sustituido á las costumbres sencillas de las judías. La túnica de lana burda habia desaparecido de su esbelto talle tras las escotadas túnicas de seda y los encajes vaporosos. El manto de oro de su pelo, cuyos bucles rizados y sedosos caian ó bajaban ondulantes y atrevidos hasta cerca del diminuto pié, eran perfumados con ricas esencias y entrelazados con lazos de brillantes, perlas y flores.

En su castillo de Magdalon no se sabia más que admirar; si el lujo ó la magnificencia distribuida allí por la mano coqueta de una mujer que todo lo hermoseaba, ó la continua alegría de sus juegos, sus festines y sus cantos, inventados para distraer las monótonas horas de una molicie continuada.

¡Allí todo era sorprendente; todo era régio; todo llenaba el vuelo voluptuoso de una fantasía ávida de grandeza; de un cerebro atrevido y lleno de ilusiones; de un corazon gastado en el lujo y sediento de placeres!

Muchos historiadores nos han presentado á Magdalena como una mujer liviana, hasta el punto de faltarse á sí misma, ajando su dignidad y mancillando su virtud con escandalosos hechos. Pero nó; si estudiamos á Magdalena con los ojos de la razon, encontrarémos efectivamente en ella